que detengan una reivindicación del pueblo... El pueblo está cansado, y quiere su parte.

Estas palabras entusiasmaban a Alejandro. Este afirmaba, con rostro bonachón y regocijado, que era verdad, y que estaba cansado el pueblo.

—Y queremos nuestra parte—añadía Lacaille con aire más amenazador.—Todas las revoluciones son para los burgueses... Ya basta de una vez. La primera será para nosotros.

Entonces ya no se entendían. Gavard ofrecía el reparto. Logre lo rechazaba, jurando que no le importaba el dinero. Después, poco a poco, Charvet, dominando el tumulto, continuaba él solo:

—El egoísmo de las clases es uno de los sostenes más firmes de la tiranía. Es malo que el pueblo sea egoísta. Si nos ayuda, obtendrá su parte... ¿Cómo quieren ustedes que yo me bata por el obrero, si el obrero se niega a batirse por mí? Además, la cuestión no es esa. Son precisos diez años de dictadura revolucionaria, si se quiere acostumbrar a un país como Francia al ejercicio de la libertad.

—Tanto más—decía rotundamente Clemencia,—cuanto que el obrero no está maduro y debe ser dirigido.

La joven hablaba raras veces. Aquella mujer grave, perdida en medio de aquellos hombres, tenía un modo profesoral de oir hablar de política. Se apoyaba en el tabique y se bebía su "grog" a sorbitos, contemplando a los interlocutores con fruncimientos de cejas, con hinchazón de la nariz, con aprobación o desaprobación mudas, que demostraban que comprendía y que tenía muy decididas ideas sobre las materias más complicadas. A veces liaba un cigarrillo, y arrojaba por la comisura de los labios bocanadas débiles de humo, prestando mayor atención. Parecía que la discusión se realizara ante ella, y que ella tuviese que dar los premios al final. Creía ciertamente conservar su puesto de mujer reservando su opinión y no enfadándose como los hombres. Unicamente, en lo más fuerte de las discusiones, lanzaba una frase, resumía con una palabra, enmendaba la plana al mismo Charvet, según expresión de Gavard. En el fondo, se creía mucho más inteligente que aquellos señores. No tenía respeto más que a Robine, cuyo silencio contemplaba con sus grandes ojos negros.

Florencio, como los demás, no reparaba en que estaba allí Clemencia. Para ellos era un hombre. Le daba apretones de manos que la descoyuntaban el brazo. Una noche, Florencio asistió a las famosas cuentas. Como la joven acababa de cobrar, quiso Charvet que le prestase diez francos. Pero ella dijo que no, y que antes era preciso saber cómo estaban. Vivían con la base del matrimonio libre y de la fortuna libre. Cada uno de ellos pagaba sus gastos estrictamente. De este modo, decían, no se debían nada ni eran esclavos. El alquiler, la comida, la ropa, los gastos menudos, todo estaba apuntado, sumado. Aquella noche Clemencia, después de comprobar, demostró a Charvet que ya le debía cinco francos. En seguida le dió los otros diez, diciendo:

—Recuerda que ahora me debes quince... Me los devolverás el 5, de las lecciones del niño de Léhudier.

Cuando se llamaba a Rosa para pagar, ambos sacaban de sus bolsillos los pocos sueldos de la consumación. Charvet, riendo, trataba a Clemen-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

cia de aristócrata, porque tomaba "grog"; decía que la joven quería humillarle, hacerle comprender que él ganaba menos que ella, lo cual era cierto; en el fondo de sus risas había una protesta contra aquella ganancia más elevada, que le rebajaba, a pesar de su teoría de la igualdad de los sexos.

Aunque de las discusiones no se sacaba nada en claro, aquellos señores vociferaban continuamente. Del gabinete salía un ruido formidable; los deslustrados vidrios vibraban como pieles de tambor. A veces, el ruido llegaba a ser tan fuerte que Rosa, con toda su languidez, derramaba en el mostrador alguna copa sobre alguna blusa, y volvía la cabeza con inquietud.

—¡Ah, bueno, gracias! Parece que se pegan allí dentro—decía el de la blusa, dejando el vasito sobre el zinc y limpiándose la boca con el revés de la mano.

—No hay peligro—respondía tranquilamente el señor Lebigre,—son unos señores que hablan.

El señor Lebigre muy huraño para con los demás parroquianos, dejaba a los del gabinete que gritaran a su gusto, sin hacerles nunca la menor observación. Permanecía horas enteras sentado en la banqueta del mostrador, con chaleco de mangas, con la cabezota medio dormida apoyada en el espejo, siguiendo con la mirada a Rosa, que descorchaba las botellas o que limpiaba con una rodilla. En los días de buen humor, cuando la criada estaba delante de él, sumergiendo los vasos en la fuente de enjuagar, con los brazos desnudos, la pellizcaba fuertemente en las pantorrillas, sin que le vieran, lo cual aceptaba la joven con sonrisa de satisfacción. Ni siquiera por un sobresalto hacía traición a aquella familiaridad; cuando le había pellizcado

hasta hacerle sangre, Rosa decía que no tenía cosquillas. Entre tanto, el señor Lebigre, entre el olor del vino y el chorrear de las cálidas claridades que le aletargaban, prestaba oído a los ruidos del gabinete. Levantábase cuando las voces subían e iba a apoyarse en el tabique; o bien abría la puerta, entraba y se sentaba un instante, dando un golpe en el muslo a Gavard. Allí lo aprobaba todo con la cabeza. El comerciante de aves decía que, si bien aquel diablo de Lebigre no tenía gran pasta de orador, podían contar con él "el día del zafarrancho".

Pero Florencio, una mañana, en los Mercados, en una riña espantosa que estalló entre Rosa y una pescadera, a propósito de un barril de sardinas que la joven había hecho caer de un codazo, sin intención, oyó tratar al señor Lebigre de "soplón" y de "trapo viejo de la prefectura". Cuando hubo restablecido la paz, le dijeron la mar de cosas acerca del cafetero; era de la policía, y bien lo sabía todo el barrio; mademoiselle Saget, antes de servirse en su casa, decía haberle encontrado una vez yendo a hacer la delación; además, era un hombre de dinero, un usurero que prestaba de un día para otro a los vendedores ambulantes, y que les alquilaba carros, exigiéndoles intereses escandalosos. Florencio quedó muy emocionado. Aquella misma noche, apagando la voz, creyó que debía repetirlo todo a aquellos señores. Estos se encogieron de hombros y se rieron mucho de sus inquietudes.

—¡Este pobre Florencio!—dijo perversamente Charvet. — Porque ha estado en Cayena, se imagina que toda la policía le persigue.

Gavard dió su palabra de honor de que Lebigre era "un bueno, un puro". Pero, sobre todo,

fué Logre el que se incomodó. Su silla se estremecía; lanzaba apóstrofes, y declaraba que no era posible continuar de aquella suerte, y que si se acusaba a todo el mundo de ser de la policía, él prefería quedarse en su casa y no hablar más de política. ¡Pues no se habían atrevido a decir que él lo era, él, Logre! El, que se había batido en el 48 y en el 51, y que había estado dos veces a punto de ser deportado! Y al berrear esto, miraba a los demás, con la mandíbula saliente, como si les hubiera querido clavar, violentamente y a pesar de todo, la convicción de que no era de la policía. Al ver sus furibundas miradas, los demás protestaron con sendos ademanes. Entre tanto Lacaille, al oir tratar de usurero al señor Lebigre, había bajado la cabeza.

Las discusiones hicieron olvidar este incidente. El señor Lebigre, desde que Logre había echado a volar la idea de un complot, daba apretones de manos más fuertes a los parroquianos del gabinete. En verdad, su clientela debía de ser de muy escaso provecho; ninguno de ellos repetía nunca la consumación. Al llegar la hora de despedirse, se bebían la última gota de sus vasos, que habían ido consumiendo prudentemente durante los ardores de las teorías políticas y sociales. La despedida, en el húmedo frío de la noche, iba acompañada de repeluznos. Permanecían un instante sobre la acera, con los ojos quemados, los oídos medio sordos, como sorprendidos por el negro silencio de la calle. Detrás de ellos, Rosa echaba los barrotes de las puertas. Después, cuando se habían estrechado las manos, agotados, sin dar con una palabra, se separaban, mascando aún sus argumentos, con el pesar de no poder hundirse mutuamente sus convicciones hasta la garganta. La redonda espalda de Robine desaparecía por el lado de la calle de Rambuteau; en tanto que Charvet y Clemencia se iban por los Mercados, hasta el Luxemburgo, el uno al lado del otro, haciendo sonar militarmente sus tacones y discutiendo aún algún punto de política o de filosofía, sin darse nunca el brazo.

El complot maduraba lentamente. A principios de verano, no se hablaba nunca más que de la necesidad de "dar el golpe". Florencio, que, en los primeros tiempos, experimentaba cierta especie de desconfianza, acabó por creer en la posibilidad de un movimiento revolucionario. Ocupábase en él muy seriamente, tomando notas, trazando planes por escrito. Los otros hablaban siempre. El, poco a poco, concentró su vida en la idea fija que le golpeaba el cráneo cada noche, hasta tal punto, que llevó a su hermano Quénu a casa del señor Lebigre, naturalmente y sin pensar en nada malo. Siempre le trataba hasta cierto punto como su discípulo, y hasta debió de pensar que era su deber el lanzarle por el buen camino. Quénu era absolutamente novato en política. Pero al cabo de cinco o seis sesiones, se halló al unísono de los otros. Manifestaba gran docilidad, una especie de respeto hacía los consejos de su hermano, cuando no estaba presente la bella Lisa. Por otra parte, lo que le sedujo más que nada, fué el desenfreno de burgués de abandonar su salchichería, de ir a encerrarse en aquel gabinete en donde se gritaba tan fuerte, y en el cual la presencia de Clemencia ponía para él un punto de olor suspecto y delicioso. De modo que ya cerraba los chorizos deprisa y corriendo, con objeto de acudir más pronto, pues no quería perder una palabra de aquellas discusiones que le parecían magníficas, sin que con frecuencia pudiera seguirlas

hasta el fin. La bella Lisa se percataba muy bien de su prisa por marcharse. Todavía no decía nada. Cuando Florencio se lo llevaba, la joven iba hasta el dintel de la puerta para verles entrar en casa del señor Lebigre, un poco pálida, con los ojos severos.

FIN DEL TOMO PRIMERO